

Segunda parte

¿QUIÉN SOY?

*Soy indio. Mi único
deseo es vivir como indio*

CAPÍTULO 9

Mi vida es la vida de un indio. Soy una pequeña parte de una historia mucho más amplia. Si alguna vez tengo los años de libertad necesarios para escribir otro libro, apareceré en él solo como un personaje menor. Las particularidades de mi vida personal no tienen importancia. Lo importante es ser indio. Mi autobiografía es la historia de mi pueblo, el pueblo indio de Great Turtle Island. Mi vida solo tiene sentido en relación con él. Es insignificante en sí misma. Solo cuando me identifico con mi pueblo dejo de ser una simple estadística, un número sin sentido, y me convierto en un ser humano.

Los indios americanos comparten una magnífica historia, rica en su pasmosa diversidad, su integridad, su espiritualidad, su singular cultura en desarrollo y su tradición dinámica. También es rica, lo digo con tristeza, en tragedia, engaños y genocidio. Nuestra soberanía, nuestra nacionalidad, nuestra propia identidad —junto con nuestras sagradas tierras— nos fueron robadas en uno de los más grandes despojos de la historia humana. Y me refiero no solo a los robos de siglos atrás, sino a los grandes robos que todavía se perpetran contra nosotros hoy, en este mismo momento. Nuestros derechos humanos como pueblos indígenas se violan cada día de nuestras vidas... y lo hacen aquellos mismos que proclaman la necesidad moral de tales derechos en alta voz y sentando cátedra moral ante otras naciones.

Durante siglos nuestras tierras sagradas nos han sido repetida y rutinariamente robadas por el gobierno y los pueblos de los Estados Unidos y el Canadá. Nos han empujado cruelmente a remotas reservas en las que consideraron tierras baldías carentes de valor, tratando de barrernos bajo la alfombra de la historia. Pero hoy, esas supuestas tierras baldías de repente se han hecho enormemente valiosas según la implacable tecnología de la sociedad blanca que continúa su persistente asalto a la Madre Tierra. A la sociedad blanca le gustaría ahora terminar con nosotros como pueblos y sacarnos de nuestras reservas para poder robar los recursos minerales y petroleros que nos quedan. No es nada nuevo para ellos robar a los pueblos no blancos.

Cuando los opresores logran lo que desean con sus robos y depredación ilegales, se habla de colonialismo. Cuando sus esfuerzos por colonizar pueblos indígenas tropiezan con resistencia o cualquier cosa menos rendición abyecta, se habla de guerra. Cuando los pueblos colonizados intentan oponerse a la opresión y defenderse, se les llama criminales.

Escribo este libro para crear una mayor comprensión de lo que significa ser indio, de quiénes somos como seres humanos. No somos curiosidades pintorescas o figuras estereotipadas en un film, sino seres humanos comunes y, sí, a veces extraordinarios. Iguales que ustedes. Sentimos. Sangramos. Nacemos. Morimos. No somos maniqués rellenos situados frente a una tienda de souvenirs; no somos mascotas deportivas para equipos, como los Pieles Rojas o los Indios o los Bravos u otros miles, que roban, distorsionan y ridiculizan nuestra imagen. ¡Imaginen que llamaran a sus equipos los Pieles Blancas de Washington o los Pieles Negras de Washington! ¡Eso sí que provocaría protestas! Con todo lo que nos han quitado, pedimos que nos dejen nuestros nombres, nuestra autoestima, nuestro sentido de pertenencia a la gran familia humana de la cual todos somos parte.

Nuestra voz, nuestra voz colectiva, nuestro grito de águila, está comenzando a ser escuchado. Llamamos a toda la humanidad. ¡Escúchenos!

CAPÍTULO 10

Con frecuencia veo a indios peleando contra indios, hablando mal unos de otros y cosas peores. Mis amigos blancos me preguntan: ¿Por qué no pueden ustedes los indios unirse y obrar de forma conjunta?

¿Por qué? ¿Acaso los blancos hablan con una sola voz sobre todos los temas? ¿Por qué habríamos *nosotros* de hacerlo? ¿Debemos los indios estar bajo alguna forma de dictadura que nos mantenga a todos a raya? Eso es precisamente lo que intentamos evitar. ¡No podemos renunciar a nuestra libertad para mantener nuestra libertad! Solo garantizaremos nuestra propia supervivencia actuando como hombres y mujeres libres... lo que somos. Libres, al menos, en nuestras mentes y en nuestros corazones y en nuestros sueños, incluso cuando nuestros cuerpos estén encadenados y encerrados.

Decimos lo que tenemos que decir; ese es el deber con nuestro pueblo. Es por eso que cada uno de nosotros es un líder. Esa es la Manera Indio. Esa es la verdadera democracia, no una dictadura de la élite y de los poderosos que se hacen elegir ellos mismos y luego conciertan tratos secretos en su propio provecho a espaldas del pueblo. Esa gente no tiene creencias, sino solo intereses egoístas propios; no les interesan los demás ni les interesa la Tierra o la Séptima Generación. Nos oponemos a personas así y al sistema que han creado por sí y para sí. Creemos que muchos, muchos de ustedes, pueblos de todas las razas y naciones, se unen a nosotros en esta oposición. Pedimos, *exigimos*, que nuestras voces se escuchen en los consejos de la humanidad. ¡Alguien *debe* hablar por la Tierra y por la Séptima Generación! Debe haber delegaciones de pueblos indígenas en cada congreso nacional y en cada conferencia internacional. Somos las voces de la tierra. Hablamos por aquellos que aún no han nacido. Cuando nos excluyen, excluyen a su propia conciencia. ¡Nosotros *somos* la conciencia de ustedes!

Un grito de águila

¡Escúchenme!

¡Escuchen!

Soy la voz India.

Óiganme pregonando al viento.

Óiganme clamando al silencio.

Soy la voz India.

¡Escúchenme!

Hablo por nuestros ancestros.

Ellos les gritan desde la inquieta tumba.

Hablo por los niños aún no nacidos.

Ellos les gritan desde el tácito silencio.

Soy la voz India.

¡Escúchenme!

Soy un coro de millones.

¡Óigannos!

¡Nuestro grito de águila no será silenciado!

Somos tu propia conciencia llamándote.

Somos tu propio tú

gritando silenciado dentro de ti.

Deja que mi silenciada voz se escuche.

Déjame hablar en mi corazón y que las palabras se oigan

susurrando en el viento a millones,

a todo aquel interesado,

a aquellos con oídos para oír

y corazones para palpar como uno

con el mío.

Pega tu oído a la tierra

y escucha mi corazón palpitando allí.

Pega tu oído al viento

y escúchame hablando allí.

Somos la voz de la tierra,

del futuro,

del Misterio.

¡Óigannos!

CAPÍTULO 11

Es imposible contar mi historia personal, incluso en esta versión abreviada, sin remontarme a mucho antes de mi nacimiento el 12 de septiembre de 1944, allá a 1890, 1876, 1868 y 1851 y, sí, a todas las demás fechas desastrosas en las relaciones entre los hombres de piel roja y los de piel blanca, hasta aquel día de mayor oscuridad en la historia del hombre: el 12 de octubre de 1492, cuando comenzó nuestro Gran Pesar.

Pero, para nuestros limitados propósitos en estas páginas, saltemos todas esas fechas anteriores y detengámonos aquí para comenzar mi historia en 1890, aquel año crucial y terrible, el año en que nosotros y el Aro Sagrado de nuestra nación fuimos al fin quebrados.

O eso pensaron ellos.

Cada vez que pienso en el holocausto que se produjo en Wounded Knee, Dakota del Sur, el 29 de diciembre de 1890, oigo las voces de los niños llorando de frío, hambre y terror. Oigo las quejas y lamentos de las madres que lloran sin consuelo por sus bebés agonizantes.

Las historias que me han legado los ancianos lakota describen los increíbles sufrimientos del Jefe Big Foot y sus hambreados seguidores cuando escaparon del virulento invierno de Dakota camino a Pine Ridge aquel terrible día de diciembre, solo dos semanas después del asesinato totalmente gratuito de Sitting Bull, muerto a traición como tantos otros de los nuestros.

El grupo de Big Foot, que huía para salvar la vida, no sabía por qué se le mataba; iba a refugiarse con el grupo de Red Cloud en Pine Ridge. El gobierno proclamó ostensiblemente que había enviado sus efectivos para impedirnos celebrar la Danza Fantasma, un rito puramente religioso. Este era solo un pretexto, por supuesto; todavía hoy sabe encontrar pretextos para atacarnos. La verdadera razón del ataque era que los blancos querían extender sus ferrocarriles desde los Black Hills, que habían robado, hasta Chicago y el Este, a través de lo que quedaba de nuestras tierras, que el Tratado de Fort Laramie de 1868 nos había prometido solemnemente “mientras crezca la hierba y corran los ríos”.

Cuando los hombres de Big Foot, hambrientos y tiritando, vieron a los soldados del Séptimo Regimiento de Caballería, la vieja unidad de Custer, que se acercaban sobre la gruesa capa de nieve, imaginaron que solo podían estar allí para ayudarlos, por supuesto. ¿No les habían dicho que si se rendían a la Agencia India en Pine Ridge se les brindaría comida, medicina y abrigo?

Puedo sentir físicamente ahora mismo la tristeza y el sufrimiento que más de trescientos hombres, mujeres y niños soportaron al abrirse paso a través de las ventiscas, las temperaturas bajo cero y las impenetrables nevadas de Dakota del Sur. Puedo imaginar el terror y el miedo que se adueñó de ellos cuando los soldados abrieron fuego a la mañana siguiente... los ecos y el rugido de ametralladoras Gatling mezclados con el estruendo de los cañones y el ruido de los sables y los gritos de mujeres y niños.

Como indio de sangre sioux, puedo oír los gritos y sentir el dolor de las madres, niños y ancianos cuando eran destrozados por las balas y los refulgentes sables de punta ensangrentada, que los golpeaban una y otra y otra vez hasta que yacían indefensos. Revivo cada una de sus muertes. Muero con cada uno de ellos una y otra vez.

El grupo del jefe Big Foot se había negado a pelear contra los wasichu (los blancos), por creer que solo la paz podía vencer la animosidad entre la gente. El propio Big Foot era un anciano en aquellos días, gravemente enfermo de neumonía. El grupo se rindió a la caballería, acampó en el arroyo de Wounded Knee, comió exiguamente —como la comida final de los condenados antes de la ejecución—, durmió unas pocas horas y a la mañana siguiente fue prontamente sacrificado, supuestamente porque un indio viejo, probablemente sordo, había levantado el rifle en vez de entregarlo a un soldado. De algún modo el arma se disparó —o eso proclamó el gobierno— y las ametralladoras Gatling y los cañones en la colina dispararon hacia abajo contra la gente. Incluso mataron unas cuantas docenas de sus propios soldados que estaban allí.

Después, los orgullosos carniceros del Séptimo Regimiento de Caballería fueron galardonados con veintiséis Medallas de Honor por su heroísmo. Los libros de historia de los blancos siguen llamándolo “batalla”, como para dar algo de dignidad a lo que no tiene ninguna. Fue una carnicería, pura y simplemente. Un crimen de lesa humanidad, aunque en aquellos tiempos no existía esa frase.

El difunto James High Hawk, uno de los pocos sobrevivientes de la matanza de Wounded Knee, relató que:

Mi madre estaba llorando, tratando de salvar y proteger a su pequeña familia cuando yo era solo un niño. Un soldado vino

hasta donde estábamos escondidos y le disparó a mi madre, a mi hermanito y a mí mientras mi madre suplicaba por nuestras vidas. Yo fui herido y yací allí horas, hasta que oglalas [lakotas] de Pine Ridge me salvaron.

...Esta matanza ha sido... la más vergonzosa, cobarde y traicionera perpetrada jamás por el Ejército de los Estados Unidos. Los blancos dicen que los indios son traicioneros, pero no lo somos. Amamos a nuestras familias. No molestamos a los blancos, pero ellos vinieron aquí y mataron... a mujeres y niños. Tenemos las heridas que son prueba de lo que ellos hicieron.

Sí, tenemos las heridas. Y estas atrocidades contra mi pueblo continúan hasta el día de hoy, solo que ahora se llevan a cabo con medios más avanzados que las ametralladoras Gatling, los cañones y los sables. Hay formas más sutiles de matar. Llamémoslas muerte por estadísticas. Hoy, los blancos dejan que sus estadísticas hagan por ellos la labor de matar. Las reservas indias en Dakota del Sur tienen las más altas tasas de pobreza y desempleo y las más altas tasas de mortalidad infantil y suicidio en la adolescencia, junto con los más bajos niveles de vida y la más baja esperanza de vida —¡de apenas cuarenta años!— del país. Estas estadísticas equivalen al genocidio. El genocidio también se disfraza en la forma de malos servicios de salud, viviendas lamentables, enseñanza inadecuada y corrupción endémica. Las tierras que nos quedan, ambicionadas por mil intrigantes locales, ansiosos de revolver los problemas y las divisiones en las reservas, siguen vendiéndose. Hasta una pulgada cuadrada de nuestro siempre menguante territorio parecen codiciar quienes quisieran llevarnos a la inexistencia.

En el transcurso de los años, el Movimiento Indio Americano ha procurado todos los medios posibles para llamar a la atención del mundo sobre estos crímenes de lesa humanidad, esperando que por lo menos algunos de ustedes escuchen y busquen en lo profundo de su ser la solidaridad que les permita exigir al gobierno de los Estados Unidos poner fin a estos crímenes.

¡La destrucción de nuestro pueblo debe cesar!

No somos estadísticas. Somos el pueblo al que ustedes le tomaron esta tierra por la fuerza, la sangre y las mentiras. Somos el pueblo al que ustedes prometieron pagar, en recompensa por todo este vasto continente que robaron, alguna pequeña miseria para por lo menos asegurar nuestra supervivencia. Y somos el pueblo del cual ustedes

ahora arrancan incluso esta miseria, abandonándonos a nosotros y a su propio honor sin escrúpulo alguno, incluso lanzando ataques militares contra nuestras mujeres, hijos y ancianos, y centrándose —ilegalmente, incluso según sus propias leyes interesadas— en aquellos de nosotros, los guerreros que quedamos, que se atreven a ponerse de pie y tratan de defenderlos. ¡Practican crímenes de lesa humanidad mientras hablan hipócritamente al del mundo sobre los derechos humanos!

América, ¿cuando vas a vivir de acuerdo con tus propios principios?

CAPÍTULO 12

A mediados de los años cincuenta, una nueva generación de indios comenzó por primera vez a protestar con resolución y militancia renovadas contra las violaciones perpetradas por los gobiernos estatales y federal. Y desde aquellos días nos hemos negado activamente a aceptar nuestro martirologio. En la década del sesenta, descubrimos una vieja ley que decía que los indios tenían como primer derecho obtener las tierras “excedentes” abandonadas por el gobierno federal.

Así que decidimos poner a prueba esa ley... para poner a prueba si *cualquier* ley era verdadera tratándose de indios. En California, en noviembre de 1969, los indios ocuparon la isla de Alcatraz, donde se había alzado la famosa cárcel federal abandonada en 1963. Los ocupantes de Alcatraz declararon su intención de convertir la isla en un centro cultural de los pueblos indígenas: el primer edificio que verían los visitantes al atravesar el puente Golden Gate; eso, al menos, sería un símbolo de todos aquellos a quienes les habían sido robadas estas vastas y maravillosas tierras. Pocos meses después, en 1970, algunos de nosotros ocupamos también el abandonado Fort Lawton en las afueras de Seattle. Participé personalmente y me enorgullece decir que Fort Lawton sí se convirtió en un centro cultural indígena. Todas estas acciones se llevaron a cabo de forma pacífica. No deseábamos violencia. Ninguno de nosotros quería perder la libertad y pasar el resto de la vida en la cárcel. Solo invocábamos una de las leyes de los Estados Unidos.

Pero, como no era de sorprender, la oposición no lo vio así, sobre todo dadas las campañas de odio de aquellos tiempos. Se nos trató de “matones”, “comunistas” e “invasores”. Durante las protestas por los derechos de pesca, se golpeó —y mucho— a hombres, mujeres e incluso niños en los arrestos. En Fort Lawton el gobierno nos enfrentó con ametralladoras y lanzallamas. Cuando nos arrestaron, los soldados vejaron a las mujeres delante de los hombres, a fin de que reaccionáramos y así justificar nuestras muertes. A los que fuimos identificados como líderes se nos golpeó en nuestras celdas en la

prisión militar. Me negué a marcharme hasta que el grupo completo de guerreros pudo hacerlo. Esto me costó varias palizas más, ya que a los blancos les gusta separar a los hermanos, hacer que nos denunciemos mutuamente, crear desconfianza entre nosotros, golpearnos uno a uno mientras ríen a carcajadas diciendo que los otros nos han traicionado, cuando, por supuesto, no ha sido así. Es una vieja estrategia: divide y vencerás, le llaman.

He aprendido que el mejor modo de soportar una golpiza es relajarse lo más posible y contraer los músculos del estómago, proteger la cabeza y los genitales y pensar en la Danza del Sol. Claro que a veces duele tanto que uno piensa que se va a morir o a quedar lisiado de por vida —y quizás sea así— pero de algún modo, afortunadamente, se sobrevive. Los indios somos sobrevivientes. Ese dolor solo me hace más fuerte, más decidido. Ese dolor es el dolor de mi pueblo y me enorgullece soportarlo por él.

Los sucesos de la prisión de Alcatraz y Fort Lawton fueron una inspiración para los indios. En Dakota del Sur, comenzaron a surgir jóvenes guerreros, hombres y mujeres. A principios de los setenta, el pueblo tradicional de la nación oglala lakota de la reserva india de Pine Ridge organizó protestas contra la pobreza y las terribles condiciones de vida. Los indios vivían en carrocerías viejas y chozas endeblés, desposeídos por el gobierno que había jurado protegerlos en su propia Constitución. La más fea forma de racismo, abierta y sin disfraz, proliferaba en los pueblos que bordeaban la reserva, pueblos donde abusar, golpear, torturar e incluso matar indios era un deporte sangriento ante el cual todos se hacían la vista gorda.

He hallado las raíces de mi propio activismo político en el flagrante racismo y la miseria brutal que experimenté día a día de niño criado en las reservas chippewa de Turtle Mountain y sioux de Fort Totten en Dakota del Norte.